

## **AURELIO TENO Y PEDRIQUE: UN LUGAR PARA UN MUNDO**

---

JUANA CASTRO MUÑOZ  
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

---

Pedrique estaba aquí, esperando la mano o el retorno. Pedrique, Pedroches, piedra.

No era un arco de luna, aunque la luna sea siempre un arco lanzado hacia la altura. No era una montaña, aunque todas las montañas aquí tengan su molde y su andadura. No era un pozo tampoco, aunque todos los pozos quisieran beber de su costumbre. No era una flor blanca, pero jaras de nieve se entremezclaban vivas en su espacio. No era un cono truncado, pero estuvo ya el cielo dibujándose en piedras. Y no era el vuelo alto, pero hacía su nido en la volada. Yo sé que no es el mundo, pero contiene el mundo. No es un ala de ángel, pero calla y brilla y guarda y se aparece. No es milano ni águila, pero gusta de rocas y de víctimas. Y no es la mordedura, pero vendrá despacio. No es cuchillo ni sombra, pero bajan las nubes a cortarlo. No es azul ni demonio, pero porta veneno en cada pétalo.

Pedrique estaba aquí: no voy a recordarlo. “Del salón en el ángulo oscuro...” Como el arpa, dormía bajo el tiempo. ¿Busca el mundo al lugar, o es el lugar quien busca el mundo? ¿Elegimos la casa, o es la casa quien siempre nos elige? La memoria, la estrella, los pasos, la noche. ¿Quién nos busca? ¿Quién manda? ¿Qué esplendor de silencio nos acoge y nos ciega? ¿Por qué vamos al sol? ¿Dónde está el hechicero?

Saltamos al vacío. Y nadie nos rescata. Y saltamos sin red, pero sin miedo. Al centro, al centro, al fuego. Al rayo de la cal. Al misterio. A la luz. A lo negro. En un túnel se cuelgan las guirnaldas del frío. Hacía frío aquí. Sólo polvo y camino. Sólo sed. La distancia.

– Aurelio.

Te bautizo y te elijo, soy la casa del sueño, la cautiva y la ingrata, la escondida: la altiva.

Descarnada y ausente, ruta mía, mi cárcel. Dame vida.

Espinas sí, y olivos y presencia. Voces. Formas. Presagios.

La hondonada. El triángulo. El haz de vino áspero donde convergen el oro y la

distancia. Siete cifras. Mil radios. Beber la luz aquí como un pan ácimo. Ser hacha y no ser labio. Ser lumbre y renacer para quemarse. Yo te estaba esperando.

Tierra mía, lengua mía, pedrada. Monasterio de sol en mi costado. Qué viento. Qué granizo de ocres. Qué vaivén de milagros, qué rueda de navajas prendida entre los monjes.

—Aurelio.

No voy a detenerte. Estoy aquí por tí. Me están mirando. Vas a verte conmigo. Nadie va a rescatarte. Soy yo quien te ha elegido.

Huye el ciervo a la zarza, y huye el fuego de la fuente. El miedo es la más vil de las mañanas. No es tarde para verte. Me he dormido esperando. Y has venido.

Qué dolor en mis ojos, cuánta luz en mis manos, qué silencio más largo en mi garganta, qué voz ronca en el pecho, qué mirada. Paleta, tierra, casa. ¿Cuántos siglos duraba este desierto, cuánto amor, cuánta vida?

— Aurelio, Aurelio, Aurelio.

Traigo gaviotas grises, pañuelos nacarados, azúcar para el hambre, tronco y agua. Traigo un arca de rojo, traigo veneno en hebra, traigo todo tu nombre.

No te equivoques nunca. Yo te habito. Tú eres sólo mi mundo. Y yo soy tu casa. Tu casa en la espesura, la que nadie sabía, la que dentro de tí crecía cuando andabas, cuando tus dedos fuertes unguían óleo o madera, cuando herías el cuarzo o te abrazaban, grandes, las encinas como animales vivos sin ternura.

Carbón, carbón de encina, agua, y Córdoba en el límite, y tú terco, esperando. Besando la materia y esperando el retorno. Siempre un águila en vuelo, un alacrán bellísimo, una torre, campanas. Tierra aquí para un sello, casa aquí para un hombre.

—Aurelio.

Qué pared para el río. Qué perlas de metal en madrugada. Qué sabio el corazón. Qué sabio aquél que te heredaba. Qué dolor. Qué sonrisa. Qué alto bajo el aroma del Valle. Para dormir aquí querías más romero. Y fue clara la rama. Y fue línea, y fue arpa, y fue un círculo mudo rezándole al misterio. Cruz y vértice. Viola y alfa. Cauce y brío.

¡Oh sí, oh sí, acógeme y enseña tus más claros secretos, tus más ocultas lágrimas! Yo soy tu corazón. Y tú mi casa.